



MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

suspendido en el viento sobre las sagradas esculturas tutelares

Theodoro Elssaca
Fundación IberoAmericana

© Escrito por Theodoro Elssaca en Santiago de Chile el 07 de junio de 2020.



El poeta español Manuel Quiroga Clérigo (+ 7 de junio 2020), era también narrador y dramaturgo. Melómano y cinéfilo omnímodo. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

Autor de obras como: *Homenaje a Neruda; Fuimos pájaros rotos; Los jardines latinos; De varia España; Las batallas de octubre; Crónica de Aves - el viaje a Chile; Volver a Guanajuato; De Morelia callada; Desolaciones tardías; Los afectos metódicos; Leve historia sin trenes; Páginas de un diario; País de colibríes; Juan Rulfo - tantas historias*. Son algunos de los títulos fundamentales que nos lega, a los que debe sumarse su reciente *Alrededor* (2019); obra monumental, de 276 páginas, en la que hoy puede verse ya, más que un testamento poético, una suerte de fe de vida al hilo de sus andanzas como trotamundos.

Viajero infatigable por Europa, África, Asia y América toda, ha dicho en Madrid el poeta Antonio Daganzo. Versos libres o alejandrinos de Quiroga Clérigo, creados en su Majadahonda, y crónicas de viajes con descripciones sensitivas de costumbres y paisanajes.

Recursos semánticos no le faltaban en los recodos del pedregoso rumbo inventivo. Poeta torrencial, con más de treinta títulos



publicados, que jugaba con las prosodias y las eufonías. Su versificación fluida y espontánea lo llevó a encontrar en la poesía y luego en la extensa literatura, una vía de convivencia con el propio mundo que iba descubriendo y analizando.

Su inspiración literaria, iluminada por San Vicente de la Barquera, localidad de Cantabria junto a la ría que desemboca en el Golfo de Vizcaya, era su lugar predilecto donde pasaba temporadas de oxigenación vital para su escritura. Crítico literario, con fundado conocimiento y capacidad de análisis que enfrentaba las obras sin prejuicios ni dogmas, llegando a ser un faro reflexivo para otros autores porque encontraba la fibra interior, la veta de cada libro, *sine qua non*, para seguir adelante. En ese sentido Manuel era un dínamo impulsor.

En el Medioevo, “Clérigo”, su apellido materno, era la palabra para designar a un hombre letrado y sabio, interesante veta genealógica por explorar. Perteneció a la Academia Cervantina de Guanajuato y al PEN Club de España. Hace unos años me recibió en la Asociación Colegial de Escritores de España, entidad de la que fue vicepresidente.

Apoyó las ediciones de la magnífica revista *Énfasis*, editada por Raquel Viejobueno. En diferentes años Manuel buscó la manera de hacer coincidir los lanzamientos de esos respectivos números, con mi



habitual paso por Madrid. En esas ceremonias también compartimos con Antonio Porpetta, como jurados y presentadores, donde nos acompañaron poetas como Matías Escalera, de Alcalá de Henares, y Antonio Daganzo, de Arganda del Rey, ante un público seguidor, que con los años fue creciendo.

Caminábamos todo Madrid, días enteros, como si fuera una clase magistral, Manuel era un almanaque. Sabía la historia de cada calle o pasaje, rincones secretos y edificios patrimoniales, los hacía hablar. Visitamos los cafés y círculos literarios, dimos recitales en diversas ciudades. Estuvimos en lecturas o encuentros inolvidables con: Sergio Macías, Julia Sáez, Totte Mannes, Miguel Cabrera, Fernando Sabido, Juana Castillo, Ahmad Yamani, Ángel guinda, Dusica Nikolic, Rubén Lorenzo, Christina Penalva, José Pejó Vernis y tantos otros creadores. A Manuel lo bauticé como el “gran señor de los urogallos”, ave boreal de la región báltica, reliquia de la era glacial, casi extinguida, que corteja en los cantaderos y se encuentra en algunas partes muy altas como los macizos del Pirineo. Los urogallos no vuelan, salvo en sus poemas, que celebrábamos con Pilar Jimeno y Samia Liddawi, en el Bar del Urogallo, de Príncipe Pío, en el Paseo de la Florida a orillas del río Manzanares. Allí le obsequié varios de mis grabados, surcos que alojaron la tinta sobre la matriz de madera de boj, pasando bajo



la presión del tórculo. Instancias que dieron paso a celebrar a grandes maestros como Rembrandt o Durero.

Rituales poéticos que animaban nuestros frecuentes viajes a Madrid.

Su gran sueño era conocer Rapa Nui, “la isla más isla del mundo”, misterio que no alcanzó a descifrar. Tal vez allí se encuentre Manuel ahora, suspendido en el viento sobre las sagradas esculturas tutelares. Leal calidad humana, solidario como ningún otro y siempre dispuesto a la aventura. **¡¡¡No será esta una despedida, sino un hasta pronto...!!!**



Theodoro Elssaca

Fundación IberoAmericana
THEODORO ELSSACA
Presidente
www.fundib.org - www.elssaca.cl

